

Sobre la ubicación del real y del trazado de la cava que mandó hacer Alfonso XI en el istmo frente a Gibraltar en 1333

MANUEL LÓPEZ FERNÁNDEZ
Doctor en Historia por la UNED
Instituto de Estudios Campogibraltaresños

RESUMEN

En el mes de junio de 1333, Alfonso XI de Castilla puso sitio a Gibraltar. Asentó uno de sus campamentos en el istmo y al poco tiempo los musulmanes de Granada y Algeciras bloquearon a los castellanos en el banco arenoso que separa Sierra Carbonera del Peñón, no tardando en amenazar el real cristiano. Por este motivo el rey dispuso que se hiciera una cava de costa a costa y esperar a retaguardia de la misma el desarrollo de los acontecimientos. Las crónicas son generosas en detalles por lo que se refiere al cerco a Gibraltar en 1333, pero no llegan a puntualizar los temas que aquí abordamos.

PALABRAS CLAVE:

Gibraltar, Cava, Alfonso XI

ABSTRACT

In June 1333, King Alfonso XI of Castille surrounded Gibraltar. He pitched one of his camps in the isthmus, and soon the muslims of Granada and Algeciras raised a blockade against the castillians, in the sand bank between Sierra Carbonera and the Peñón, not delaying their attack to the Christian site. For that reason, the King ordered to dig a ditch from coast to coast, brough up the rear and waited for next events. The chronicles are abundant in details about the Gibraltar siege in 1333, but they dont give details about the subjects we deal with in this work.

KEY WORDS

Gibraltar, trench, Alfonso XI

EL ESCENARIO Y LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

Nada más lejos de nuestra intención que realizar un estudio paleogeográfico de la zona que fue el escenario¹ de los acontecimientos históricos que aquí se tratan, pero inevitablemente nos sentimos obligados a realizar unos apuntes sobre los aspectos geográficos más relevantes del istmo que une al Peñón de Gibraltar con Sierra Carbonera, para facilitar así la comprensión de alguna de las circunstancias que se produjeron, y se producen todavía, en esta franja de tierra con características muy peculiares. Porque todo apunta a que la actual configuración del banco arenoso que une los dos promontorios que lo limitan por el norte y por el sur está íntimamente relacionado con causas glacioeustáticas e isostáticas que influyeron en el nivel del mar, con la situación relativa del Peñón con respecto a la corriente marina que en superficie se dirige del Atlántico al Mediterráneo y, también, con la dirección de los vientos predominantes en la zona.

Al parecer, existen pruebas evidentes que vienen a demostrar la variabilidad del nivel del mar en los últimos dos millones de años con unas oscilaciones que abarcan desde los 200 metros sobre el nivel actual a otras que descienden hasta cerca del centenar de metros desde el nivel marino de nuestros días². Al acercarse el nivel de las aguas al que hoy tiene, y por esa especial características interferidora del Peñón en la corriente marina que pasa del Atlántico al Mediterráneo, se produce una corriente interna en la Bahía de Gibraltar que bordea las costas de la misma con dirección sur-norte³. Con toda seguridad, la disminución de la velocidad de esta corriente a medida que se aleja hacia el norte ha debido influir en la formación del tómbolo que un día unió el aislado Peñón con la peninsular Sierra Carbonera. No sabemos si tal insularidad la perdió la Roca ya dentro de los tiempos históricos, pero a lo que sí quedamos obligados es a pensar que las lagunas y zonas pantanosas registradas en algunos mapas y planos de la zona, en especial desde el siglo XVII en adelante, fueran realizadas por el hombre ya que el istmo —aparte del espolón rocoso donde se asentaba la Torre del Diablo⁴ y algunos cañaverales dispersos—, carecía hasta tiempos recientes de grandes obstáculos que frenaran la actividad niveladora de la arena impulsada por los vientos dominantes. Ahora bien, aquí se daba la circunstancia —y se da todavía— de que las playas del Mediterráneo forman una duna de acentuada pendiente hacia el mar mientras que los vientos de levante —

¹ Remitimos a la figura 1 de este trabajo. Se ha tomado del mapa del Instituto Geográfico Nacional y SECEG., del año 1990, hoja 4-1, Escala 1:25.000.

² LÓPEZ GÓMEZ, Francisco Javier: *Itinerios naturalistas del Campo de Gibraltar*. Instituto de Estudios Campogibraltareños. Algeciras, 1999, pgs. 121-123.

³ SORIANO GALIAN, Magdalena y María Isabel ARROQUIA RODRÍGUEZ: *Investigación sobre el último tramo del río Palmones: Estudio de Geografía Física*. Almoraima n.º 8. Algeciras, 1992, pgs. 20-21

⁴ SÁEZ RODRÍGUEZ, Ángel J.: *Almenaras en el Estrecho de Gibraltar*. Instituto de Estudios Campogibraltareños. Algeciras, 2000, pg. 294. Se dice aquí que en 1727 esta torre estaba sobre un espolón rocoso que se levantaba unos dos metros sobre el nivel de las arenas.

siempre de mayor fuerza y duración que los de poniente— se encargan de repartir de manera uniforme las partículas arenosas que descrestan de la duna que recorre la costa mediterránea proporcionando al istmo el aspecto de una planicie uniforme con una suave inclinación hacia el lado de poniente.

Es posible que en tiempos medievales el banco arenoso del que hablamos fuese un poco menos amplio y ligeramente de menor elevación que en nuestros días, pero ya debía tener una conformación muy parecida a la que se registra en los planos y mapas de principios del siglo XVIII⁵. Así pues, consideramos nosotros que el istmo ya podía tener un borde rectilíneo por el lado del Mediterráneo mientras que por el lado de la Bahía describiría un arco de manera que la parte más estrecha del tómbolo —junto al Peñón— no alcanzaría el kilómetro de anchura, y la parte en que se une a Sierra Carbonera podía alcanzar los tres mil quinientos metros en dirección este—oeste. Ahora bien, mientras esta última elevación baja escalonadamente hacia el istmo, la cara norte del Peñón se levanta de manera abrupta dejando entre éste y las primeras estribaciones de la Sierra un espacio abierto cuya longitud —de norte a sur— venía a coincidir con la anchura máxima del mismo, o sea, unos tres kilómetros y medio en sentido este-oeste. Por tanto, el banco arenoso del que hablamos podía tener una extensión de poco más de seis kilómetros cuadrados con una altura de metro y medio sobre la pleamar en la parte de levante, manteniéndose la superficie del mismo prácticamente plana hasta unos cincuenta metros antes de su orilla de poniente, punto desde donde se inclinaba suavemente hasta alcanzar la orilla del mar⁶.

Tal vez hoy día no se aprecien con nitidez estos fenómenos que estamos tratando porque el núcleo urbano de la Línea de la Concepción se asienta sobre el istmo arenoso ganando terreno al mar por la parte de la Bahía, al igual que se hace en Gibraltar. Estas modificaciones impiden apreciar con claridad el estrecho pasillo que en tiempos medievales discurría entre el mar y el Peñón, permitiendo el acceso a la villa por su lado norte. El citado corredor, de unos quinientos metros de profundidad con poco más de trescientos metros de anchura en su parte de salida al istmo —punto donde ya podía existir una laguna artificial que obligara a los viajeros que se adentraban en el citado corredor acercarse a la pared de la Roca— superaría ligeramente los doscientos metros de ancho en la zona de entrada a la villa de Gibraltar. Todo este corredor estaba dominado por un reborde rocoso que discurre entre los cien y ciento cincuenta metros sobre el nivel de las aguas haciendo muy difícil la penetración en fuerza hacia la villa por el lado de las

⁵ La mayor parte de esta cartografía la hemos consultado en el Museo del Istmo de la Línea de la Concepción. Desde aquí queremos agradecer públicamente la colaboración que nos ha prestado el equipo técnico de dicho Museo, especialmente los hermanos Carlos y Rafael Gómez de Avellaneda Sabio.

⁶ Esta es la conclusión a la que llegamos después de consultar en el Museo del Istmo los planos correspondientes a las obras que se estaban realizando para la línea de contravalación en mayo de 1731.

puertas de Granada y de Tierra, la primera de ella a unos treinta metros sobre el nivel del mar⁷ y a la que se accedía desde la punta del Alquitranadero⁸ —en palabras de Luis Bravo de Acuña— por un camino excavado en la roca como se puede apreciar en las pinturas del flamenco Van der Wyngaerden, en 1567⁹.

Detrás de las puertas antes citadas se extendía la villa medieval de Gibraltar. Sus murallas podían alcanzar los mil trescientos metros de perímetro¹⁰ y se descolgaban zigzagueando por las abruptas laderas adaptándose a las irregularidades del terreno desde una cota próxima a los cien metros hasta la orilla del mar y encerrando en su interior tres compartimentos amurallados en distintas épocas, e intercomunicados entre sí, que de arriba abajo se denominaban Alcazaba, Villa Vieja y Turba¹¹. Como en la más alta de ellas se encontraba el castillo, podemos decir que la fortaleza medieval de Gibraltar constituía un hueso duro de roer para cualquier sitiador que intentara penetrar en la misma desde su lado norte, pero resultaba más fácil para aquellos que pretendieran hacerlo por su lado meridional, o desde lo alto del monte. Por ello, las huestes de Fernando IV —entre las que se contaban las del concejo de Sevilla— procuraron combatirla «a la redonda»¹² para conseguir su rendición.

Según la crónica de Fernando IV, el rey dispuso que se repararan los defectos ocasionados durante el sitio, y para proteger el castillo mandó hacer una torre en una cota superior a la de la fortaleza. Como también ordenó que se construyeran las atarazanas, es muy posible que se prolongaran las obras de fortificación y durante la minoría de edad de Alfonso XI se amurallara la Barcina¹³. Así fue como en los primeros meses del año 1316 Gibraltar soportó un breve asedio de los granadinos que llegaron a entrar en sus arrabales¹⁴, pero se vieron obligados a levantar el sitio cuando supieron que el infante don Pedro —tutor de Alfonso XI—, se dirigía con la flota y el ejército en socorro de los sitiados¹⁵. La guarnición de Gibraltar estaba siendo atacada con dureza por su flanco meridional porque esta táctica de envolvimiento por el flanco sur era la más efectiva para apoderarse de la fortaleza gibraltareña.

⁷ SAEZ RODRIGUEZ, Ángel y Antonio TORREMOCHA SILVA: *Gibraltar almohade y meriní (siglos XII-XIV)*. Almoraima, n.º 25. Algeciras, 2001, pg. 204.

⁸ CALDERÓN QUIJANO, José Antonio: *Las fortificaciones de Gibraltar en 1627*. Sevilla, 1968, pg. 54

⁹ *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de de Antón Van der Wyngaerden*. Ediciones El Viso. Madrid, 1986, pgs. 288-289.

¹⁰ SAEZ RODRIGUEZ y TORREMOCHA SILVA: *Gibraltar.....*, pg. 197.

¹¹ Así podemos verlo en HERNÁNDEZ DEL PORTILLO, Alonso: *Historia de Gibraltar. Introducción y notas de Antonio Torremocha Silva*. Centro Asociado de la UNED. Algeciras, 1994.

¹² *Crónicas de los reyes de Castilla. Crónica del rey don Fernando*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. LXVI. Ediciones Atlas. Madrid, 1953, pg. 163.

¹³ Así parece desprenderse de las observaciones de SAEZ RODRIGUEZ, Ángel y Antonio TORREMOCHA SILVA: *Gibraltar...*, pg. 195.

¹⁴ *Ibidem*, pg. 190.

¹⁵ *Crónicas de los reyes de Castilla. Crónica del rey don Alfonso el Onceno*. (En adelante, *Crónica*) Biblioteca de Autores Españoles. Vol. LXVI. Ediciones Atlas. Madrid, 1953, pg. 181.

Muestra de ello es que, años más tarde, fue la que empleó un ejército meriní —de entre cuatro y siete mil hombres— bajo el mando del infante Abu-Malik¹⁶. Los meriníes iniciaron el sitio a Gibraltar a finales del mes de febrero de 1333 y los sitiados, al mando del alcaide Vasco Pérez de Meira, resistieron el asedio durante cuatro meses llegando en ocasiones a realizar salidas sobre el «real de los moros»¹⁷. No obstante, la mala gestión de las provisiones almacenadas y la falta de ayuda efectiva por parte del rey de Castilla dieron al traste con los venticuatro años de dominio castellano sobre la plaza. Así, el día 21 de junio de 1333 —según creemos nosotros¹⁸—, Gibraltar quedaba bajo el control de los meriníes una semana antes de que el rey de Castilla se presentara en el istmo frente al Peñón con la intención de recuperarla puesto que llevaba un ejército cuyos efectivos podían alcanzar los siete mil hombres y cerca de tres mil caballos¹⁹, además de contar con el apoyo de la flota al mando del almirante Alfonso Jofré Tenorio.

2. EL CAMPAMENTO DEL ISTMO A LA LUZ DE LA II PARTIDA Y DE LAS CRÓNICAS²⁰

En un reciente estudio sobre el arte militar en la Antigüedad se hace observar que la función primordial de un campamento situado en terreno enemigo no era otra que proporcionar la mayor seguridad posible a las fuerzas que los ocupaban, pues de tal seguridad dependía la consecución de sus objetivos estratégicos y sus maniobras tácticas²¹. Esta mentalidad de los antiguos se mantuvo en tiempos medievales y así en la ley XIX del título XXIII de la segunda Partida, Alfonso X de Castilla nos habla de las condiciones que debía reunir el lugar elegido para «*aposentar una hueste*» y, por supuesto, incide aquí una y otra vez en la cuestión relativa a la seguridad que había de proporcionar el campamento a los efectivos que lo ocupaban.

Pero como ya conocemos algunos detalles de la configuración del istmo y sabemos también cual era la función primordial de un campamento, cabe preguntarse ahora en qué lugar de los «*arenales*» —por emplear el término

¹⁶ Tal es el contraste entre las crónicas cristianas y musulmanas. Véase así en MANZANO RODRIGUEZ, Miguel Ángel: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*. CSIC., Madrid, 1992, pg. 223, nota a pie.

¹⁷ *Gran Crónica de Alfonso XI*. (En adelante, *Gran Crónica*). Preparada por Diego Catalán. Editorial Gredos. Madrid, 1976, tomo II, pg. 17.

¹⁸ El asunto es largo de pormenorizar. Pero al no coincidir con la que dan otros autores, preparamos un trabajo en el que se analizarán los motivos por los cuales llegamos a la conclusión que la entrega de Gibraltar a los meriníes fue en la fecha que aquí indicamos.

¹⁹ Siguiendo las crónicas y después de conocer los ricos hombres y concejos que intervinieron en Gibraltar en junio de 1333 y en Algeciras en agosto de 1342, no hay razones para pensar que el ejército fuese menor que el que inicialmente acompañaba a Alfonso XI en el sitio a la última de estas plazas y cuyos efectivos ascendían a dos mil seiscientos hombres de a caballo y cuatro mil de a pie.

²⁰ La Crónica y la Gran Crónica difieren poco o nada al tratar del asunto del asedio de Gibraltar en 1333. Así que seguimos a la primera de ellas en este trabajo por no repetir las citas; no obstante, indicaremos que la Gran Crónica lo trata entre sus capítulos CXXVI y CILIX.

²¹ GARLAN, Ivon: *La guerra en la Antigüedad*. Ediciones Aldebarán. Madrid, 2003, pg. 139.

de las crónicas— instalaron los adalides el campamento y qué configuración pudieron dar al mismo una vez que recibieron del monarca, que se encontraba a bastante distancia de la vanguardia, la orden de asentar los reales²². Preciso será incidir en el detalle —a tenor de la orden dada— que aquellos hombres de la «*delantera que llegaban cerca de la villa de Gibraltar*» o bien tenían autonomía para elegir el emplazamiento del campamento, o ya sabían de antemano donde asentar el mismo dentro de los arenales del istmo. No debe sorprendernos la última de estas alternativas porque se daba la circunstancia de que, a primera vista, el istmo no reunía ninguna de las tres condiciones mínimas que se aconsejaban para elegir un asentamiento²³: que estuviese próximo a donde existiera leña para cocinar los alimentos de los combatientes, no muy distante de donde hubiese hierba para el ganado y, lo más importante, cercano al agua potable para atender las necesidades que del líquido elemento tienen hombres y animales, especialmente en verano. Por ello, es de suponer que teniendo referencias del lugar —no olvidemos que el concejo de Sevilla, que iba en la vanguardia, había estado en el istmo durante el cerco de 1309— el monarca y su consejo hubiesen tratado en más de una ocasión como solventar los problemas logísticos que podía acarrearles el hecho de acampar en los arenales del istmo y hubiesen estudiado, con antelación a la llegada a este lugar²⁴, cuál podía ser el sitio más conveniente para controlar las entradas a Gibraltar al tiempo que les ofreciera ciertas garantías a la hora de «*dormir e folgar e sufrir mejor el trabajo que ouieren*»²⁵.

Desde luego, los arenales no reunían ninguna de las condiciones ideales para asentar la hueste; la leña había que buscarla en los bosques de Sierra Carbonera²⁶, en lo referente a la hierba —si es que se daba en alguna parte de aquel banco arenoso— cabe decir que no debía ser muy abundante y, en lo tocante al agua potable, no sería presuntuoso apuntar por nuestra parte que no existía a simple vista lugar alguno donde obtenerla. Sin embargo, cabe suponer también —a tenor de lo dicho con respecto al cerco de 1309, que aquellos hombres debían saber que excavando a cierta distancia de la orilla el agua del mar perdía su salinidad y podía ser utilizada por hombres y animales²⁷. Muestra de que utilizaron tal sistema es que el cronista nos ha-

²² Crónica..., pg. 249

²³ *Las siete Partidas*. Glosadas por el licenciado Gregorio López (1.560). Facsímil de Editorial BOE. Madrid, 1974. Partida II, Ley XIX. Textualmente se dice aquí: «*E fuesse siempre cerca de agua, y de yerua y de leña que son cosas que mucho ha menester la hueste, que non pueden escusar*»

²⁴ No olvidemos que según la Crónica, y para el caso de Algeciras, los adalides habían aconsejado a Alfonso XI donde podía situar su campamento en el momento que llegara a la ciudad.

²⁵ Estas son palabras de la Partida II, título XXIII, ley XXIII, cuando habla de cómo debe ser aposentada la hueste a la hora de cercar una plaza.

²⁶ HERNÁNDEZ DEL PORTILLO: *Historia...*, pg. 55. Según el autor, en los bosques de Sierra Carbonera se cortaba madera para navios cuando escribió su obra.

²⁷ La utilización de pozos fue la forma usual de aprovisionamiento de agua potable por parte de la población de La Línea de la Concepción hasta que llegó el agua corriente proveniente del pantano del Guadarranque. Después se ha utilizado en los periodos de restricciones en la red; actualmente no hay más que alejarse unos cincuenta metros de la orilla del mar y profundizar tres metros sobre el nivel del suelo para encontrar agua dulce en abundancia.

bla de escasez de alimentos y falta de leña en determinados momentos del cerco que tratamos, pero nada dice de la falta de agua potable a pesar de que la cantidad diaria consumida por los hombres y animales que formaban aquel ejército podía alcanzar, sin duda alguna, los cien mil litros diarios en los meses de más calor del año²⁸.

De las pocas ventajas que pudieron encontrar los adalides en el istmo a la hora de asentar la hueste era la extensión y la regularidad de la llanura arenosa. Sin ningún tipo de angostura ni otro inconveniente topográfico que lo impidiera, lo más razonable es pensar que decidieran posar la hueste reunida y estructurar el campamento a la manera clásica de la época, esto es, situando «*las tiendas del señor en medio, e las de los oficiales que lo han de servir en derredor que esten a manera de alcaçar. E todas las puertas de estas tiendas deuen estar facia las del Señor, e deuen dexar enderredor desto plaça para que descaualguen los que uinieren a uer al Rey, e onde se alleguen, si algun rebate acaescierere en la hueste*²⁹...».

A nuestro juicio, esto último puede servirnos de primer referente para fijar la ubicación del campamento en el interior del istmo, porque aquella plaza que en todo campamento debía quedar en torno a las tiendas de los oficiales del rey puede ser considerada, en términos militares, como el «punto de reunión» de la hueste antes de salir del real para atender a cualquier emergencia que pudiera producirse en el exterior del campamento. Por pura lógica, ese «punto de reunión» debía estar lo suficientemente alejado del origen de los posibles ataques enemigos de manera que los del real contaran con el «tiempo de reacción» suficiente para hacerles frente con ciertas garantías. Por esta razón los campamentos de los sitiadores no se instalaban tan próximos a las villas que se trataban de cercar, y menos en los momentos iniciales del sitio cuando no se sabía con exactitud el potencial ofensivo de los sitiados. Pero además, al peligro que suponía exponerse a una súbita salida de los cercados venía a sumarse el prestigio del sitiador ante sus propias fuerzas en caso de que las cosas fuesen mal. Esta prudencia a la hora de guardar las distancias con respecto a los sitiados en la que actualmente podíamos denominar como «fase de evaluación», se resume en las Partidas diciendo que aposentar la hueste «*primeramente tan a dentro que la ayan despues de tornar a fuera*» les podía acarrear «*vergüenza e daño*»³⁰.

²⁸ Consideremos que un hombre bien puede necesitar unos tres litros diarios y un caballo no es prudente mantenerlo muchos días con no menos de veinticinco litros de agua al día. Esto último puede verse en WOLTER, R.: *Alimentación del caballo*. Editorial Acribia. Zaragoza, 1977, pg. 57.

²⁹ Partida II, título XXIII, ley XX.

³⁰ Partida II, título XXIII, ley XXIII. De los casos más llamativos que conocemos entre aquellos que acabaron en desastre a la hora de levantar un campamento quizá sea el «desbarato» de Loja en 1482. Entonces, según cuenta la Crónica, al ver la gente que se quitaban las tiendas de un campamento avanzado que estaba en franco peligro, la gente del real principal comenzó a huir del campamento sin atender las órdenes del Rey ni de sus jefes inmediatos. Aunque finalmente se consiguió dominar la desbandada, los cristianos levantaron los reales y se retiraron a Riofrio, a cinco kilómetros de Loja. Véase así en los capítulos VIII y IX de la *Crónica de los Reyes Católicos*. Crónica de los reyes de Castilla, volumen LXX de la Biblioteca de Autores Españoles.

Después de lo expuesto con anterioridad, tal vez sería oportuno ilustrar nuestro trabajo con algunos casos en los que se conozcan con cierta aproximación las distancias a las que algunos reyes de Castilla, anteriores y posteriores al rey Alfonso XI, situaron sus campamentos iniciales cuando se propusieron sitiar alguna plaza. Uno de los sitios más famosos de nuestra Edad Media puede ser el de la ciudad de Sevilla por Fernando III el Santo en los años 1247-1248. Aquí el rey de Castilla situó su primer campamento en Tablada, apuntando la tradición sevillana que existían indicios de los reales cristianos a media legua de la puerta del Alcázar³¹. Avanzando en el tiempo, un hombre avezado en cuestiones militares —como lo fue el canciller López de Ayala— nos permite conocer en un par de ocasiones las distancias a las que rey Pedro I de Castilla situó sus primeros campamentos en el caso de los sitios a Toro y Valencia. En el primer de los casos el rey acampó a una legua de la villa castellana³² y en el caso de la ciudad del Mediterráneo lo hizo a media legua de sus murallas³³.

Es cierto que cada caso necesitaría una solución táctica distinta, pero en líneas generales podemos apreciar una cierta precaución a la hora de asentar los campamentos y, por tanto, unas distancias más o menos parecidas entre los reales y las murallas a sitiar. No obstante todo lo anterior, quizá sea el momento de hacer referencia a la manera de actuar del rey Alfonso XI de Castilla en estas situaciones, pues él era al fin y al cabo la autoridad bajo cuya directa responsabilidad se asentó la hueste en el cerco a Gibraltar en 1333. De entrada, comenzaremos hablando del sitio a la malagueña villa de Teba en 1329³⁴. No dicen las crónicas dónde exactamente asentó su campamento el rey de Castilla, pero la tradición local y los hallazgos arqueológicos parecen indicar que el real de los cristianos se encontraba en unas lomas amesetadas al suroeste de Teba llamadas «La Nina» y «El Puntal» a poco menos de dos kilómetros de la villa³⁵. En esta línea de cercos a villas musulmanas quizás sea interesante también el caso del primer asentamiento elegido por Alfonso XI para sitiar Alcalá la Real en 1341, Alcalá de Benzayde por entonces. Según nos dice la Crónica, el Rey había estado con anterioridad al sitio cinco días ante ella y conociendo que era una villa fuerte³⁶, cuando fue a cercarla definitivamente, mandó poner los reales tan retrasados que los moros entraban en la villa de noche; motivo por el que luego ordenó adelantarlos³⁷.

³¹ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio: *Reinado y diplomas de Fernando III*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1980, tomo I, pg. 376.

³² *Crónica de los reyes de Castilla. Crónica del rey Pedro I*, Vol. LXVI de la Biblioteca de Autores Españoles. Editorial Atlas. Madrid, 1953, pg. 468. Se dice en este caso que estuvo un mes acampado en Morales.

³³ *Ibidem*....., pg. 531. Aquí se dice que asentó en la playa del Grao.

³⁴ *Crónica*... , pg. 225.

³⁵ Debemos esta información a Gabriel Herrera González, natural de Teba y Licenciado en Historia que ha tenido a bien informarnos sobre estos detalles. Nuestro más sincero agradecimiento por su colaboración.

³⁶ *Crónica*pg. 331.

³⁷ *Ibidem*, pg. 332.

Y no fue muy diferente la actuación del monarca castellano cuando se trató de cercar a un noble como don Juan Núñez en la burgalesa villa de Lerma en 1336³⁸. Nos dicen las crónicas que cuando don Alfonso puso sus reales frente a las murallas de la misma lo hizo en el lugar donde estaba la «*ermita de Santa María*». Hoy día no existe una ermita con tal denominación, pero si consideramos que por el lado norte de Lerma corría el río Arlanza y que los de la villa en sus salidas tenían que cruzar un puente para llegar a los reales, lo más probable es que tal ermita sea la que hoy se conoce como Ermita de Manciles tal y como sospecha el cronista oficial de la villa, buen conocedor de su historia local³⁹. Esta iglesia bajo la advocación de la Virgen de Manciles y de traza románico-mudéjar está a media hora de camino —poco más de dos kilómetros— de las antiguas murallas de Lerma⁴⁰.

Como estamos viendo, con más o menos exactitud, Alfonso de Castilla guardaba las distancias en un principio a la hora de asentar sus reales con respecto a las murallas de las villas que se proponía sitiar. Esto fue así antes y después del cerco a Gibraltar en 1333, de modo que para finalizar con el tema, permítasenos citar un par de casos más en los que se conoce con precisión la ubicación de dos campamentos cristianos frente a villas musulmanas. El primero de ellos no es otro que el caso del cerco de Algeciras en agosto de 1342; como es bien sabido, en aquella ocasión se eligió «*un otero cerca de una torre, que dixerón después de los Adalides*»⁴¹. Se ha demostrado en bastantes ocasiones que el otero referido no era otro que aquel donde se ubicaba la Torre de los Adalides⁴², pero en lo que nosotros queremos hacer hincapié es en el dato concreto de que dicho otero está a unos mil setecientos metros del punto más cercano a las antiguas murallas de Algeciras, de reciente excavación. Y el último caso a citar, apoyado también en estudios recientes, está relacionado con el caso del asentamiento que los castellanos instalaron al sur de la villa de Gibraltar, en las «arenas bermejas» de la Crónica⁴³, a los pocos días de llegar al istmo aquel mismo verano de 1333; este campamento situado al mediodía de la villa se instaló para atacarla por su costado meridional, pero se da la curiosa circunstancia de que la muralla y la puerta por donde podía llegarles el peligro, que era la de la Barcina⁴⁴, se encontraba a un kilómetro del lugar

³⁸ *Gran Crónica*..., pg. 135

³⁹ Nos referimos a José Portillo y a su libro: *Lerma y su tierra. Su prehistoria y su historia*. Lerma, 1995, pg. 50. Desde aquí nuestro público agradecimiento.

⁴⁰ Este último dato nos lo proporcionó por teléfono el autor citado en la nota anterior.

⁴¹ *Crónica*..., pg. 343.

⁴² Véanse, para más detalles, los muchos trabajos dedicados al cerco de Algeciras y, en especial, los de TORREMOCHA SILVA y SÁEZ RODRÍGUEZ.

⁴³ Con la dominación de «arenas bermejas» aparece en la fig. 1 de este trabajo.

⁴⁴ El lugar era conocido como «los arenales colorados» —hoy Red Sands— y estaban a más de mil metros de la puerta de la Barcina ya que ésta se situaba en la confluencia de Main Street con Casamates Square. Para este último dato véase PIÑATEL VERA, Francisca y otros: *Las atarazanas medievales de Gibraltar*. Almoraima, n.º pg. 222.

donde se iniciaban aquellos arenales —de unos mil trescientos metros de largo⁴⁵— encima de los cuales asentaron los cristianos su campamento.

Por lo que venimos viendo, creemos dejar demostrado que en tiempos de Alfonso XI —cuando de cercar una villa se trataba— estaban plenamente vigentes las disposiciones militares que se reflejan en la Partida II; por tanto, creemos que ésta nos puede servir también de referencia para conocer más detalles sobre aquel campamento que debía albergar unos siete mil hombres y más de tres mil animales. Como es lógico pensar, el asentamiento no se podía reducir a su plaza de armas y a las tiendas del rey y de sus oficiales. El campamento debía dar cabida a las fuerzas de los ricos hombres y a las de los concejos; por ello, hay que indicar al respecto que la plaza de armas era la que separaba las tiendas de los oficiales del rey de las de los ricos hombres. A tenor de esto dicen las Partidas que las tiendas de los magnates debían formar, con respecto a las del rey, un «*muro con torres*», mientras las de los concejos —situadas en la parte exterior de los reales— se separaban de las de los nobles con una «*carrera ancha*», debiéndose señalar con los pendones respectivos cada uno de aquellos compartimentos internos de manera que «*entiendan los de la hueste como han de possar*»⁴⁶.

Por tanto, el campamento que estamos tratando de situar bien podía formar un cuadrado o círculo —de unos quinientos metros de lado o de radio— donde la gente acampó conforme llegaban: los de vanguardia más próximos a Gibraltar, los de retaguardia más cercanos a Sierra Carbonera y los de los flancos acamparon en los costados que miraban a levante y poniente, dándose la circunstancia —cuando levantaron el campamento para regresar unos días más tarde porque no llegaba las provisiones enviadas por mar— de adoptar para la ida el mismo orden de marcha que habían traído desde Jerez, lo que implicaba solamente estirar las líneas sin romper la formación. Aparte de este curioso detalle, seguiremos diciendo que en el interior del campamento debieron quedar los correspondiente espacios vacíos entre los distintos grupos de tiendas para facilitar la circulación en el interior del mismo, y para alojar también los servicios comunes como podían ser las cocinas y los hornos para cocer el pan, así como la superficie suficiente por el lado de la bahía —protegido por la flota— para descargar aquellas provisiones que estaban esperando.

Así que, al hilo de todo cuanto precede, nos inclinamos a pensar que existen razones de peso para creer que el punto más próximo de aquel campamento con respecto a las puertas de Tierra y de Granada —únicos puntos por donde los sitiados podían efectuar una salida en fuerza contra los sitiadores— no estaba situado a menos de mil metros de las mismas. Es más, siempre en sintonía con las medidas que maneja el cronista, nos atrevemos

⁴⁵ Hernández del Portillo dice en su obra que los arenales podían tener siete estadios de longitud.

⁴⁶ Partida II, título XXIII, ley XIX.

a señalar que el centro del real cristiano, la zona del mismo donde se ubicaban las tiendas del rey, no estaba a menos de un cuarto de legua —casi mil cuatrocientos metros— de las puertas citadas y a unos doscientos cincuenta metros de la orilla del mar; o sea, a una altura aproximada de donde se sitúa hoy día la esquina suroccidental del Parque Municipal Princesa Sofía, motivo por el que llegamos a creer que el campamento se ubicaba en su mayor parte en terrenos de La Línea de la Concepción, aunque su parte más meridional podía alcanzar la actual zona aduanera de Gibraltar⁴⁷, como veremos confirmado más tarde apoyándonos en ciertos datos que proporcionan las crónicas.

Por tanto, ésta pudo ser la ubicación y forma del asentamiento que encontró el rey de Castilla cuando, ya entrada la noche del día 27 de junio⁴⁸, llegó a los reales después que sus huestes habían empujado a los musulmanes más allá del río Palmones dejando zanjada la posibilidad de un ataque por la retaguardia. No obstante, y por razones de seguridad, lo más probable es que por la zona de Sierra Carbonera se dejara alguna vigilancia al igual que debió hacerse frente al Peñón, lugar al que no podrían acercarse a menos del alcance de una ballesta —unos doscientos metros— distancia a la que se debieron quedar los hombres a caballo de la vanguardia mientras se debió cavar una zanja por el lado del campamento más próximo a la villa, cosa preceptiva en aquellos tiempos⁴⁹ y mientras se esperaba a los de la retaguardia que estaban enzarzados en un combate con los de moros de Algeciras y que no terminó hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente se inició una operación que ya parecía estudiada de antemano a juzgar por la rapidez con que se ejecutó; no fue otra que el intento de cercar la villa en todo su perímetro, razón por la que se comenzó a trasladar a un determinado número de hombres —sin caballos— a la «isla», punto desde donde pasaron al «monte», en términos de las crónicas. Pero la situación se fue torciendo para los sitiadores a consecuencia de que no llegaban las provisiones que habían enviado por mar desde Tarifa, debido al fuerte viento de levante que soplabla en la zona. La hueste fue consumiendo las que traían en las «talegas» y llegó un momento en que se hizo aconsejable levantar el campamento del istmo y emprender el viaje de regreso hacia tierra de cristianos. Así fue como el día 1 de julio —estando ya de regreso y a una legua del Gibraltar— vieron aparecer por Punta Carnero las velas de las naves castellanas que portaban las deseadas «viandas» y con ello terminó la pesadumbre del Rey por haber dejado abandonados en el Peñón a unos mil quinientos hombres que habían pasado a sitiar la villa por el lado sur.

⁴⁷ Véase la ubicación aproximada en la fig. 1. Debemos indicar que la escala del círculo que señala el real no es la misma que la del mapa.

⁴⁸ El día 24 de junio durmió la hueste en Alcalá de los Gazules, el 25 en Patrite-Alberite, el 26 en las proximidades del Guadarranque, y el 27 lo hicieron ya frente a Gibraltar. Veremos más detalles en un próximo trabajo que preparamos sobre el itinerario de la hueste de Sevilla a Gibraltar.

⁴⁹ Partida II, título XXIII, ley XXIII.

El rey de Castilla y su ejército volvieron a los arenales y asentaron el campamento en el mismo lugar donde antes lo habían tenido⁵⁰, e inmediatamente se pasó a socorrer a los que habían quedado en el «monte». La situación se tornó entonces favorable a los cristianos y Alfonso XI envió a sus naves por provisiones e ingenios a Sevilla, Cádiz, Jerez y Tarifa. Regresaron las naves y se inició una ofensiva en toda regla, aunque sin los resultados deseables. Después cambió el viento y al soplar levante fuerte durante dieciséis días⁵¹ llegaron de nuevo las penurias alimenticias al campamento del istmo. Debían correr ya los días finales del mes de julio cuando se normalizó el régimen de vientos para que las naves de los cristianos tuvieran acceso al cerco de Gibraltar desde la parte occidental del Estrecho, pero fue también por entonces cuando se complicó la situación por tierra.

3. LA CAVA DE MAR A MAR. SU POSIBLE UBICACIÓN.

Según las crónicas, después de la refriega que aconteció el día que llegaban a Gibraltar en los cabezos que flanquean Sierra Carbonera por el lado de poniente, los cristianos empujaron a los moros de Algeciras más allá del río Palmones; a la vista de lo sucedido el infante Abu-Malik pidió ayuda al rey de Granada, Mohamed IV. Éste había aprovechando la circunstancia de atacar algunas plazas fronterizas con el reino de Castilla en cuanto las huestes concejiles de las mismas acudieron a la llamada de su rey para cercar Gibraltar. Frente a Córdoba se encontraba Mohamed IV cuando recibió la petición de ayuda de Abu-Malik⁵². Levantó el campamento y cuando llegó a la altura del río Guadiaro —posiblemente en los días finales del mes de julio— asentó sus reales al tiempo que enviaba aviso a los de Algeciras. Una vez reunidas sus fuerzas, los musulmanes no debieron tardar mucho en apoderarse de la Sierra impidiendo a los cristianos el acceso a la misma, lugar donde hasta entonces éstos habían cortado la leña para cocer los alimentos y presumiblemente la hierba para el ganado. Según el cronista, el lugar elegido por los musulmanes para instalar su campamento estaba a una legua de donde los cristianos tenían el suyo⁵³ y, además, puntualiza la Crónica referente al asunto que «*los reales de los moros estaban en cabezos altos et tenían muy grand defendimiento*». Por ello es de suponer que los campamentos de los moros estaban a la vista de los del istmo y asentados en aquellas estribaciones occidentales por donde Sierra Carbonera desciende hasta Puente Mayorga⁵⁴; o sea, en los mismos cabezos donde se iniciara el combate el día que los cristianos llegaban a Gibraltar⁵⁵.

⁵⁰ Crónica..., pg. 251.

⁵¹ *Ibidem*..., pg. 253.

⁵² *Ibidem*..., pg. 254.

⁵³ *Ibidem*..., pg. 255.

⁵⁴ En la fig. 1 se señala como: Zona del campamento musulmán

⁵⁵ Se da la circunstancia de que estas lomas sirven de pantalla a otras alturas similares situadas más al norte que ellas. Ésta es la razón por la cual San Roque no se ve desde La Línea.

Ante el cambio de situación, y por el peligro que entrañaba para los del istmo, el rey de Castilla reunió a sus asesores y «aconsejaronle todos que mandase hacer una cava en el arenal desde la una costera de la mar fasta la otra» y que las huestes cristianas estuviesen detrás de aquel foso pues, de esta manera, podrían en apuros a los moros de Sierra Cabonera si es que éstos decidían atacar el real por aquella zona. Al rey le pareció bien lo que le aconsejaban «*et luego fue fecha la cava desde la una costera del mar fasta la otra*»⁵⁶. Es de suponer que la intención de las huestes cristianas era cavar una trinchera con nivel inferior al del mar —con poca profundidad era más que suficiente— y de un par de metros de anchura acumulando la arena extraída del foso en el lado más próximo a los reales formando así un talud entre dos y tres metros de altura que, indiscutiblemente, le podía dar cierta ventaja en caso de que los de Sierra Carbonera intentasen atacar el campamento.

Ahora bien, dadas las características que podía tener el foso, la curiosidad nos lleva a preguntarnos dónde pudo ser cavado y qué pudo ocurrir con el mismo para que su huella no fuese percibida por un gibraltareño como Hernández del Portillo en los primeros años del siglo XVII⁵⁷, ni por Bravo de Acuña en 1627, y sí por Francis Carter en 1772⁵⁸. Ante esta situación cabe suponer que las arenas impulsadas por los vientos cegaran la misma —cosa muy probable tal y como apunta Hernández del Portillo— y que en el siglo XVII sólo quedaran algunas dunas «dobladas de arena» como dice Bravo de Acuña⁵⁹; por lo que es posible, en el caso de Carter, que se dejara llevar por la imaginación dado que para la fecha en que visitó Gibraltar el istmo había sufrido muchas variaciones después de los pasados asedios de 1704 y 1727. De cualquier manera, el foso y el parapeto levantado por los hombres de Alfonso XI debieron resaltar en su momento sobre la planicie y, de hecho, resultó tan eficaz en el aspecto defensivo que los musulmanes granadinos y algecireños no se atrevieron a correr la aventura de asaltarlo conscientes del peligro que ello suponía.

No hay dudas de que la cava debió ser hecha con rapidez y sin dificultad alguna puesto que la Crónica no da importancia a la realización de la misma; ni tampoco parece que hubiera altercado alguno entre moros y cristianos durante su ejecución. La densidad de la arena del istmo facilitaría tal labor y es probable, aunque no lo sabemos exactamente, que la obra princi-

⁵⁶ Crónica..., pg. 255.

⁵⁷ Portillo dice que la cava «no aparece por parte alguna». Así en la pg. 81 de su *Historia de Gibraltar*, escrita entre los años 1605 y 1610. Este apunte podemos encontrarlo en la página 22 de la misma publicación.

⁵⁸ CARTER, Francis: *Viaje de Gibraltar a Málaga*. Diputación Provincial de Málaga. Málaga 1981, pgs. 62-63.

⁵⁹ Bravo de Acuña, al hablar de las medidas tomadas para defender la parte que mira a España, viene a decir que un posible enemigo podía desembarcar artillería por la Torre del Rocadillo —a una legua de Gibraltar—, pero que luego había «de conduzilla por unas Dunas muy dobladas de arena». Seguimos aquí a CALDERÓN QUIJANO: *Las fortificaciones...*, pg. 54.

pal estuviese terminada en menos de veinticuatro horas⁶⁰ sin que ello quiera decir que, con posterioridad, se fuese ensanchado y mejorando defensivamente como parece razonable que ocurriera. De igual modo, nos parece probable que durante el tiempo de ejecución del foso se colocaran a vanguardia del mismo determinadas fuerzas a caballo con la misión de defender a los peones que abrían la zanja de una posible incursión por parte de los musulmanes de Sierra Carbonera. De lo que no puede haber duda, porque así lo dicen las crónicas, es que, después de terminado el foso, quedara éste bajo la vigilancia de determinados efectivos, mientras otros destacamentos de a caballo se adelantaban hacia la Sierra para avisar a la hueste con antelación suficiente de cualquier aproximación de los musulmanes⁶¹. Con tal disposición, la mayor parte de las fuerzas que intervenían en la construcción de la zanja y en su defensa pudieron retirarse al campamento, pero antes dispuso el Rey quiénes debían atender a la defensa de los reales por el lado de la villa y quiénes debían acudir a la cava en caso de emergencia, situación que sería avisada con el repique de una campana que el monarca mandó traer⁶².

No tardaron mucho los moros en probar la actitud de los cristianos ante aquel cambio de situación. Un día bajaron de la Sierra en formación de combate, pero no se atrevieron a llegar al foso ya que el cronista apunta «*que las hazes de los Moros estidieron quedas a media legua del real de los Christianos*»; éstos no recogieron el desafío y permanecieron detrás de la cava tal y como se había acordado. Esta situación se prolongó a lo largo del día y como no hubo enfrentamiento, los moros se volvieron a sus campamentos. Fue entonces cuando el Rey llamó a los de su consejo y les propuso salir a combatir más allá del foso porque a retaguardia del mismo «*estaban allí muy menguados de honra*». No obstante, los del consejo real le hicieron ver al monarca la ventaja que representaba para la seguridad de todos el mantenerse en la disposición que habían adoptado inicialmente, además del peligro que entrañaba atacar a los moros en su campamento por la posición que ocupaban y por lo arriesgado de caer en alguna celada antes de llegar a ellos.

Otro día volvieron a probar los musulmanes de la Sierra y se situaron inicialmente en el mismo lugar donde lo hicieron el día anterior. Entonces, dice el cronista, «*los cristianos salieron todos armados fasta la cava, et pusieron y sus haces*»⁶³. Al ver los moros que los cristianos no salían, se

⁶⁰ Suponiendo que se cavara una zanja inicial de unos dos metros de ancha por otro de profundidad y unos mil quinientos de larga, habría que remover unos 3.000 mts³. Considerando que un hombre puede remover un metro cúbico de tierra blanda en una hora quince minutos, con turnos de 400 hombres y relevándose convenientemente, la zanja pudo hacerse en unas veinte horas. Estos datos y cálculos los debemos, y desde aquí se lo agradecemos, al arquitecto linense Carlos Javier Rodríguez y Romero.

⁶¹ *Crónica...*, pg. 255.

⁶² *Ibidem* ..., pg. 255.

⁶³ *Ibidem*.... pg. 266.

acercaron lo bastante hasta el foso de manera que algunos de estos últimos —los que estaban armados más ligeramente— salieron a tirarles venablos, pero el Rey ordenó pronto que volvieran detrás del foso al tiempo que mandaba a los ballesteros que les tirasen saetas. Los moros se retiraron y esperaron inutilmente pues, «*desque veno la tarde del día fueronse los Moros para sus reales, et los christianos eso mesmo*»⁶⁴. O sea, que la cava no estaba junto al real, sino un poco distante del mismo ya que de no haber sido así el cronista hubiera empleado otra expresión distinta a la mencionada y tampoco habría dicho que en un momento dado: «*los cristianos salieron todos armados fasta la cava*».

Por tanto, quizás sea hora de que afrontemos ya la cuestión relacionada con la ubicación de aquella cava que atravesaba el istmo de costa a costa. Sin embargo, antes de responder a tal pregunta sería conveniente conocer con más precisión la ubicación de los reales cristianos sobre el istmo. Páginas atrás hicimos una aproximación situándolos con respecto a las puertas de la villa de Gibraltar y apoyándonos en datos indirectos; ahora vamos a intentar confirmar la ubicación fijada para el campamento cristiano pero sirviéndonos de un dato que proporciona la Crónica y que está en relación directa con las guardias que los castellanos montaban entre la Sierra y el campamento para avisar y retardar en lo posible las incursiones de los musulmanes. Aquellas guardias, según la Crónica, se alejaban⁶⁵ de los reales hasta «*una media legua*» dándose la curiosa circunstancia que una de las veces —estando los cristianos de la guardia por el lado de levante—, pasó hacia el campamento del istmo y por el lado de poniente un grupo de caballeros musulmanes que los del obispado de Jaén —al mando de Díaz Sánchez— salieron a frenar de «*... travieso a deshora. Et los moros volvieron a ellos et ouieron pelea de consuno*»⁶⁶.

Este detalle nos hace sospechar que los del obispado de Jaén —a pesar de estar en el lado de levante de Sierra Carbonera— sí vieron a los moros en un momento dado porque, indiscutiblemente, vinieron a combatirlos. Pero llegaron tarde al encuentro debido a que tuvieron que recorrer el espacio que separaba el punto desde donde vigilaban hasta el lugar de la pelea; los musulmanes, mientras tanto, habían penetrado en los arenales más de lo inicialmente hubieran permitido los cristianos, razón por la que entendemos que éstos atacaron a los islamitas por retaguardia obligándoles a volverse sobre los de Jaén, como dice el cronista. Ahora bien, en qué lugar a levante de la Sierra y a media legua de los reales podían estar los cristianos para ver a los moros que penetraban en el arena! por el lado de poniente y llegar tarde a su encuentro. Sólo existe una zona en las primeras estribaciones de

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *Crónica*, pg. 256. Aquí se dice «*redradas*».

⁶⁶ *Ibidem*..., pg. 256.

Sierra Carbonera desde donde se pueda vigilar simultáneamente los lados de poniente y levante de la misma: La Pedrera⁶⁷. Pero además de su estratégica situación —confirmada en el siglo XVIII con el levantamiento de una torre⁶⁸—, se da la poderosa circunstancia de que en dicha zona se podía encontrar agua⁶⁹ y abundantes pastos⁷⁰. De modo que no puede sorprendernos el hecho de que los del obispado de Jaén estuviesen refrescando a sus animales en aquellos manantiales de la falda de Sierra Carbonera cuando algún vigilante de los situados en la zona de La Pedrera avisó de la penetración de los musulmanes al resto de las fuerzas que vigilaban los arenales; por tal razón, suponemos nosotros, se retrasaron las fuerzas al mando de Díaz Sánchez en cortar el paso a los musulmanes, aunque los alcanzaron antes de que llegaran a la cava que defendía el real de los cristianos.

Así pues, si los del obispado de Jaén avanzaban hasta La Pedrera — como parece ser que ocurría— y se alejaban media legua del real (unos dos mil setecientos metros), existe una razón más para situar el centro del campamento cristiano sobre el actual Parque Municipal o por la zona del barrio de San Felipe, tal y como antes dijimos. Ahora bien, como de lo que se trata aquí es de ubicar la cava, quizá sea razonable considerar con antelación la distancia de la misma con respecto a la parte más septentrional del campamento. Para ello debemos acudir de nuevo al concepto militar denominado «punto de reunión»; y como hemos podido deducir al hilo de lo que nos dice el cronista, «el punto de reunión» para atender a los ataques provenientes del sector de Sierra Carbonera no estaba en el mismo campamento, sino a retaguardia del mismo y no era otro lugar que las proximidades de la cava. Ahora bien, una vez conocido el sector donde cada hombre debía acudir se adoptaba sobre el terreno la formación de combate antes de acudir a la defensa del foso. Sin embargo, para permitir estos movimientos era imprescindible dejar un espacio entre el foso y el campamento; tal vez este espacio no fuese demasiado amplio, quizás unos doscientos o trescientos metros de ancho fueran más que suficientes para permitir un pasillo alrededor del campamento que permitiera a la caballería adoptar una formación adecuada al tiempo que posibilitaba la circulación entre la cava y los reales al resto de los efectivos encargados de la defensa de los mismos en sus distintos sectores.

⁶⁷ El punto que reúne las mejores condiciones para hacer de observatorio lo indicamos con este nombre en la fig. 1.

⁶⁸ SAÉZ RODRÍGUEZ: *Almenaras...*, pg. 288.

⁶⁹ Según LORENZO VALVERDE, en sus tiempos existía una fuente llamada del Toro «a tiro de fusil» de la torre La Pedrera. Así en «*Carta histórica y situación topográfica de la ciudad de San Roque*». Instituto de Estudios Campogibraltareños. Algeciras, 2003, pg. 73

⁷⁰ Véase MARTÍNEZ MATEOS-ALBADALEJO, José Antonio: *Orígenes de La Línea de la Concepción. Periodo 1794-1821*. En las páginas 17-19 y 26-31 de este libro se viene a decir que, en 1802, el Gobernador del Gibraltar pidió permiso al Comandante General del Campo de Gibraltar para que el ganado de la colonia fuese a pastar al lugar de La Pedrera por falta de agua y pastos en los terrenos de Gibraltar.

De modo que, como por partida doble venimos defendiendo la ubicación del centro del real cristiano sobre la zona suroccidental del actual Parque Municipal y, también, que el campamento se extendía desde aquel punto unos doscientos cincuenta metros hacia Gibraltar y hacia Sierra Carbonera, lo más probable es que la cava que defendía los reales en dirección a la Sierra estuviese a unos quinientos metros del centro del campamento cristiano del istmo; o sea, que el foso muy bien pudo ser trazado a la altura de donde hoy se sitúan las actuales calles de Méndez Núñez, Plaza de la Iglesia, Sol y Jardines, cruzando el istmo de mar a mar y con una longitud aproximada de mil quinientos metros⁷¹. Por tanto, es muy probable que el trazado de la cava de la Crónica tuviese un recorrido paralelo, y bastante próximo, a la línea fortificada que en el siglo XVIII se asentó frente a Gibraltar y que vino a dar nombre a la ciudad de La Línea.

⁷¹ El hipotético trazado lo señalamos con el nombre de «cava» en la fig. 1.

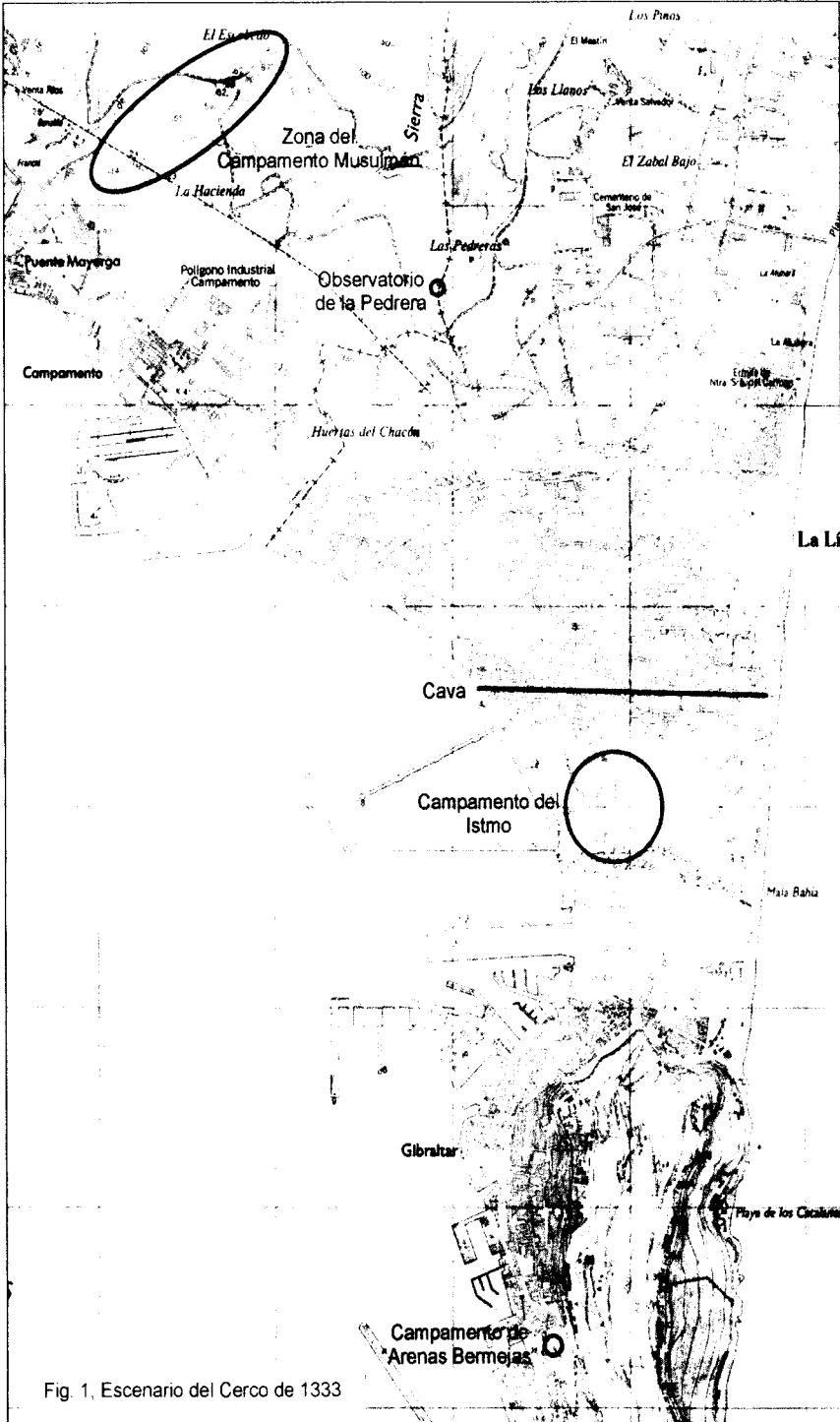


Fig. 1, Escenario del Cerco de 1333